

che de otra persona, en lugar de tales conmociones, la prevision de las espantosas calamidades que amenazaban a aquella execrable ciudad, enternecieron su corazon; y quando yá se acercaba y la vió, lloró prorumpiendo en aquella patetica lamentacion. *Jerusalém, Jerusalém que matas á los Profetas, y apedreas á los que son enviados á tí, ¡quantas veces quise juntar tus hijos, como el ave su nido debaxo de sus alas, y no quisiste! ¡Ah si tu reconocieses si quiera en este tu dia lo que puede traerte la paz! mas ahora está encubierto de tus ojos.* † De este modo poseyó en el grado mas sublime todos los sentimientos amables de nuestra naturaleza enseñandonos que debemos regular nuestras pasiones y no extirparlas.

Tal fué Jesus de Nazareth el fundador de nuestra religion. Una sola parte de su caracter es la que me hé aventurado á delinear, dexando en la sombra otras muchas de sus eminentes gracias y virtudes. Pero en lo que hemos contemplado de su conducta como hombre entre los hombres, vemos un perfecto modelo de la que debemos observar unos con otros en el trato comun de la sociedad. Le hemos visto atento á toda oportunidad de ser benefico y util, en su proceder para con todos los hombres afable y servicial; para con sus amigos fiel é indulgente; para con sus enemigos generoso y pronto al perdon; para con los desgraciados lleno de ternura y compasion. Pudiera haberme extendido tambien sobre sus disposiciones pacificas en todas ocasiones, su respeto, como subdito á las leyes civiles y al gobierno de su patria, combatiendo el espiritu sedicioso de faccion, pagando tributo quando era exigido, exhortando á sus secuaces á dar al Cesar lo que es del Cesar, y á Dios lo que es de Dios. Basta lo dicho para mostrar que ventura vendría al mundo si tan ilustre exemplo fuera generalmente seguido. Serían entonces felices los hombres en todas sus conexiones de unos con otros. —Este mundo sería una mansion dichosa, y la sociedad de seres humanos sobre la tierra se aproximaría al gozo y paz de las sociedades de los justos en el cielo.

† *San Luc. XIII.—34 y XIX.—42.*

DISCURSO IV.

SOBRE LOS CARACTERES DE LA VERDADERA LIBERTAD, Y SU CONTRAPOSICION AL VICIO.

Libertatem illis promittentes, cum ipsi servi sint corruptionis: a quo enim quisque superatus, hujus et servus est. EPIST. 2. B. PETR. CAP. II. V. 19.

Prometiendoles libertad, siendo ellos mismos esclavos de la corrupcion, porque todo aquel que fué vencido queda esclavo del que le venció. EP. 2. S. PEDRO. CAP 2. V. 19.

ESCLAVITUD y servidumbre son desagradables sonidos al oido, ideas desagradables al espíritu. Los abogados del vicio, prevaleciendose de estas naturales impresiones, las han empleado en todo tiempo para desacreditar la religion, representandola como cautiverio y prision del alma nacida libre; como estado de perpetua violencia formado por un sistema de reglas severas, que hombres astutos han forjado para atar con cadenas la muchedumbre. Por otra parte, figuranse estos un curso de vida luminoso y tal le presentan á los demás como el modo mas alegre y deleitable de gozar la vida, en el cual despues de haberse sobrepuesto el hombre á las preocupaciones puede pensar y obrar á su gusto, dando suelta rienda á todos los deseos del corazon.—¡Pero que se dirá si esos supuestos hijos de la independenciam son precisamente los que están sometidos á la mas miserable sujecion,

y todas sus arrogancias de libertad no son otra cosa que palabras hinchadas de vanidad? Se asegura en el texto, que quando ellos prometen libertad á los otros, no pasan de siervos de la corrupcion vencidos y reducidos á esclavitud. Propongome ilustrar esta asercion procurando probar, que la verdadera libertad es incompatible con el vicio; que el hombre malo sufre la peor de las servidumbres; y que ninguno es libre sino el que es bueno y virtuoso.

Es necesario comenzar deponiendo las falsas ideas de libertad, y manifestando en lo que esta consiste verdaderamente. No vayamos á imaginar que ser libre vale tanto como estar desembarazado de toda sujecion ó regla. Ningun hombre, en ninguna condicion de la vida tiene libertad para obrar siempre á su placer y satisfacer todos sus deseos. La naturaleza del estado humano impone necesariamente á todos varias restricciones, y las leyes de la sociedad á ninguno permiten entregarse á ocupaciones ó placeres que sean injuriosos á los otros. Aun nuestra misma naturaleza confina aquellos dentro de ciertos limites, no siendo posible satisfacer á un tiempo todos los deseos, como que oponiendose mutuamente con frecuencia, es preciso que el que complacese á una pasion favorita se niegue á otra. Por consiguiente, todo el que consulta á su bienestar debe hacer distinciones, acordar preferencias y observar algunas reglas generales de conducta: y si hay unas que nos afianzen seguridad y felicidad, sustraernos de su obediencia no es articulo de libertad, al menos de la libertad que apetece el hombre sabio y prudente. En efecto, sería esto caminar á nuestra propia ruina, ó gozar de una libertad semejante á la del ciego, de vagar errante, y tropezar por sendas extraviadas sin guia que dirija sus pasos y le salve de la destruccion.

La desenfrenada licencia que el vicioso prefiere á toda regla de conducta es cosa enteramente diferente de la verdadera libertad. Es en el orden moral lo que la anarquía en un estado de donde ha desaparecido toda ley y organizacion. Ciertamente que no es menos incompatible la anarquía con la verdadera libertad que lo es el despotismo, y difícil es decidir cual de los dos es menos preferible ó mas miserable estado. La libertad no supone de ninguna manera ausencia de gobierno, sino unicamen-

te que aquel que nos rige sea sabio, y que las restricciones á que voluntariamente nos sometemos, hayan sido impuestas en obsequio del interes general.

Ser libres, por consiguiente, equivale en general, á estar colocados en tales circunstancias, que sin pasar los limites de la justicia y buen orden podamos obrar de propia y deliberada eleccion, y adaptar para nuestra conducta aquellas medidas que racionalmente creamos mas conducentes á nuestra felicidad, sin ser embarazados ó exteriormente por la fuerza, ó interiormente por un impulso violento. Este es el dichoso y elevado estado de que ansiosamente desea gozar el hombre discreto. Las ventajas que de él resultan son principalmente estas tres: libertad de eleccion, independencia de alma, resolucion y seguridad. Por oposicion á estos caracteres distintivos de libertad, procedo á manifestar, que en primer lugar, el vicio priva al hombre malo de libre eleccion en sus acciones; que en segundo lugar le sujeta á servil dependencia de las circunstancias externas; y que en tercer lugar le reduce á aquel estado de abyeccion, cobardía é inquietud que caracterizan esencialmente á la esclavitud.

I. El vicio es incompatible con la libertad porque priva al vicioso del poder de libre eleccion, sometiendole al dominio de habitos y pasiones. La religion y la virtud se dirigen á la razon. Aconsejannos examinar todo atentamente, reflexionar con madurez sobre las consecuencias de nuestras acciones, y antes de dar paso alguno de importancia, comparar el bien con el mal que de él pueda seguirse. Aquel, por consiguiente, que sigue sus dictámenes, obra como hombre que consulta libremente y elige por sí mismo y para su propio interes. Pero el vicio no puede tener pretensiones de igual naturaleza: no aguarda al juicio de la comparacion y preferencia deliberada sino que de un golpe nos hace sucumbir á la impresion con que nos sorprende la utilidad ó goce presente: nos atropella con la violencia de la pasion, nos cautiva con los halagos del placer, nos deslumbra con el brillo de las riquezas. El vicioso cede al impulso, solamente porque no puede resistirle. La razon reprende, grita la conciencia; pero todo en vano. Habiendo una vez permitido que gane el ascen-

diente alguna pasión fuerte, se ha arrojado en medio de un torrente contra el qual puede luchar debilmente por algunos momentos, pero al fin es arrebatado por la impetuosidad de la corriente. En esta situación, tan lexos está de ser libre, que no es dueño ni de sí mismo. Él no va sino que es arrastrado, agitado é impelido; pasivo como el vaxel á la violencia de las olas.

Puede decaer por intervalos la vehemencia de la pasión después que ha exercido su tiránico imperio: pero quando por una larga continuacion ha formado hábitos y necesidad, la esclavitud del vicioso se confirma y pasa á ser miserable. Porque durante el calor de aquella, poco lugar queda á la reflexión; pero quando abatido su ardor, conserva sin embargo vivas raíces en el corazón, se halla el hombre mas expedito para percibir el pesado yugo que ha echado sobre sí. ¡Quantos esclavos de la intemperancia y de toda clase de desarreglos no vemos en el mundo por solo el influxo de la costumbre, que inveterada, no estuvo ya en su poder alterarla! ¡No son estos frecuentemente reducidos á tan desdichada condicion que quando ya les son insipidos sus licenciosos placeres, todavia se ven forzados á continuarlos solo porque no pueden refrenarlos; no porque la indulgencia para con ellos les dé placer, sino porque la abstinencia les causaría pena; y esto aun quando están obligados á reprobar ellos mismos sus hábitos de vida, como injuriosos á su fortuna, destructivos de su constitucion, y deshonorosos á su caracter? El vicio no es de tal naturaleza que podamos decirle „Hasta aquí llegarás, y no más adelante.” Entrando una vez en sus territorios no está en nuestro poder retirarnos quando nos agrada. Ningun hombre que una vez ha rendido el gobierno de su alma y soltado la rienda á sus deseos puede decir hasta donde le llevarán. Puede venir á tan desesperado estado que no le quede mas sino volver tristes miradas al camino abandonado de la inocencia y libertad, y profundamente penetrado de la servidumbre que sufre, gemir baxo el peso de las cadenas que desespera quebrantar. *Si el Ethiope puede mudar su piel y el leopardo sus manchas, podreis vosotros hacer bien después de haberos acostumbrado al mal.* *

* Jerem. Cap. 13.—23.

El vicio fortifica su dominio y lo extiende más sobre el alma, compeliendo al vicioso á sostener un crimen por medio de otro. No solo se esclaviza á aquellos vicios que han tenido origen en sus propias inclinaciones, sino que estos hacen necesarios otros, á los quales, fuerza le es someterse contra su voluntad, fortaleciendo por este modo dentro de sí el imperioso poder de la iniquidad. El desordenado amor de la alabanza, por exemplo, le conduce á expensas superiores á su fortuna: para soportarlas tiene que ocurrir á baxos y deshonorosos medios de lucro que antes repugnó. Para ocultar estos, se ve precisado á emplear las artes del fraude y disimulo. Un fraude cometido le obliga á sostenerle por otro; hasta que al fin se forma un caracter de vicios complicados, de liviandad que declina en baxeza, de molicie que degenera en deshonestidad, injusticia y tal vez crueldad. Así es como una pasión favorita trae en pos de sí una tribu de auxiliares para consumir el dominio del pecado. Entre todas nuestras corrompidas pasiones existe intima y estrecha conexión, de modo que quando una es adoptada en nuestra familia, no nos deja hasta no habernos obligado á prohijar toda su parentela. De esta suerte, por la violencia de las pasiones, por el poder de los hábitos, y por la conexión de un vicio con otro, el pecado establece sobre la voluntad aquella servidumbre que priva al hombre malo de la facultad de libre eleccion de sus acciones.

II. La esclavitud que el vicio produce se manifiesta en la dependencia á que trae al vicioso con respecto á las circunstancias de la fortuna externa. Uno de los caracteres favoritos de la libertad, es la independencía que confiere. El hombre verdaderamente libre es superior á toda servil condescendencia y baxa sumision: se apoya sobre sí mismo, y aunque guarda á sus superiores debida deferencia, jamas se degrada á adularlos, ni es tentado á procurarse las gracias de estos por medios deshonorosos; pero el vicioso ha perdido todo privilegio de esta naturaleza. Sus pasiones y hábitos le hacen absolutamente dependiente del mundo y de sus favores; de los bienes inciertos de la fortuna, y de los volubles caprichos de los hombres. Porque de estos subsiste, y entre estos busca su felicidad, según que sus pasiones le im-

pelen tras el placer, riquezas ó puestos. No teniendo fondo dentro de sí mismo para procurarse goces, sus únicos recursos están en las cosas externas. Fincando sus esperanzas y temores en el mundo, tiene que participar de todas sus vicisitudes, y cualquier viento de fortuna le conmueve y derriba. Esto es ser, en riguroso sentido, un esclavo del mundo.

La Religion y virtud, por el contrario, confieren al alma principios de noble independencia. „El hombre bueno está satisfecho de sí mismo.” No desprecia las ventajas de la fortuna, pero tampoco fixa en estas el centro de su felicidad. Puede contentarse con una moderada participacion de ellas, y el contento es felicidad. Dichoso en su misma integridad, sabedor de que posee la estimacion de los hombres buenos, y depositando su confianza en la Providencia y promesas de Dios, está exento de la servil dependencia á otras cosas. Atrincherado en su propia conciencia, vé desde allí sin terror las mutaciones del mundo: sobrevengan todas las vicisitudes que se quiera, él cree que por mandamiento divino trabajan en ultimo termino para su bien; y por consiguiente, teniendo mucho que esperar de Dios, y poco que temer del mundo, en qualquier estado puede hallarse dueño de sí mismo. El hombre que posee tal temple de alma es verdaderamente libre.—Pero llamaré libre á aquel hombre que nada tiene suyo, sin propiedad segura, y cuyo mismo corazon no le pertenece, sino que lo ha hecho dependiente de las cosas externas y juguete de la fortuna? ¿Es libre aquel hombre, por esplendida que sea su condicion exterior, á quien sus imperiosas pasiones detienen á un grito, de quien disponen á su antojo, destinandole á fatigas y ocupaciones humillantes y á mendigar sus placeres de las casualidades del mundo? ¿Es libre, el que para conseguir sus fines, tiene que adular y mentir, tolerar los caprichos de este hombre y los desaires del otro; simular amistad quando aborrece, y respeto quando desprecia; que no puede mostrarse en su caracter propio ni pronunciar sus genuinos sentimientos; que no se atreve á ser hombre de bien por no ser pobre?—Creed que no hay cadenas tan gruesas ni tan pesados grillos como los que ligan al corazon corrompido á este perfido mundo; ninguna dependencia mas degradante que la que

imponen al hombre, la voluptuosidad, la avaricia ó la ambicion por amor de placeres, lucro, ó poder. ¿Y esta es la decantada libertad que promete el vicio en recompensa de emanciparnos de las saludables restricciones de la virtud?

III. Otro caracter de la esclavitud del vicio es aquel estado de vileza, cobardía é inquietud á que reduce al vicioso. La intrepidez y magnanimidad han sido reputadas en todos tiempos como los efectos nativos de la libertad, porque el que la goza, no teniendo que temer del poder opresivo, llena sus deberes y disfruta de las comodidades de la vida con animo sereno y varonil. Por eso, su conducta es de dignidad y sus sentimientos de honor; quando el que está acostumbrado á plegarse baxo servil sujecion es siempre un hombre abatido, temeroso y baxo.—Comparense en estos respectos el virtuoso y el vicioso, y se deducirá facilmente á qual de los dos pertenecen justamente los caracteres distintivos de la libertad.—El primero, confiado en una buena conciencia y en la proteccion de los Cielos obra con firmeza y valor, y en el cumplimiento de sus obligaciones no teme á la faz de los hombres. El segundo, no pudiendo ocultarse á sí mismo sus bastardos y corrompidos fines, tiembla ante la vista severa y penetrante de la integridad; no cesa de exâminar con inquietas miradas quanto le rodea, y se pierde en el laberinto de subterfugios á que tiene que ocurrir para escapar del peligro. El uno es *intrepido como el leon*; el otro *huye quando nadie le persigue*. Para este, nada de quanto puede ofrecerle utilidad del momento es despreciable. Aquel repulsa con indignacion todo lo que pueda degradar su caracter. „No me envileceré, se dice, para procurarme el favor de los grandes y del que se halla en poder, por este ó aquel modo baxo. No se dirá ó pensará de mí que cometí vilezas para adquirir fortuna.” Esta es la voz de la libertad, y la grandeza de alma que ella inspira.

A la abyecta disposicion del hombre malo corresponden los temores que lo circundan. Los terrores del esclavo habitan en su alma y aparecen frequentemente en su proceder. Porque el pecador jamás está libre de sospecha y alarma. El pecador teme algunas veces á los complices de sus delitos, porque no le entre-

guen otros, le aterra la venganza de los que han sufrido por sus crímenes, frecuentemente le espanta el mundo que le rodea por que no lo descubra; y lo peor de todo, se ve reducido á temer de sí mismo. Dentro de sí habita un testigo que depone contra sus trasgresiones y le amenaza en secreto, aun quando no le ascenden otras alarmas. La conciencia no cesa de presentar á su vista la imagen de sus pasados delitos con esta inscripcion grabada sobre ella „Dios traerá á juicio todas las obras de los hombres.“ ¡Quan opuesta á este estado es aquella pacífica seguridad, hija de la libertad que goza el hombre justo y bueno! Quando no hubiera otra cosa mas en las circunstancias del vicioso que estampara sobre él la marca de la esclavitud, esta sola sería suficiente, para que, segun expresion de la Escritura, *Por el temor de la muerte esté en servidumbre toda la vida.* * La muerte dá libertad á todo cautivo. El esclavo que caba la mina, el forzado que voga al remo pueden regocijarse con la idea de que algun dia depondrán su carga con la vida, y deleitarse con la esperanza de que al fin serán puestos á nivel con su cruel opresor: pero el esclavo del vicio no descubre rayo de esperanza en la muerte. Por el contrario, mira con terror constante este, el mas cierto de todos los sucesos, como el termino de todas sus esperanzas y el principio de sus mayores miserias.

Así, pues, os hé presentado á la vista tan claras y positivas señales de la servidumbre del pecado que comprueban plenamente la asercion en el texto de que el estado del vicio y corrupcion es un estado de esclavitud. A fin de percibir quan severa es esta, consideremos algunas circunstancias peculiares que la agravan.

Primeramente es una esclavitud á que se somete el alma misma, asiento nativo de la libertad. En otros casos, el hombre animoso encuentra fuerza en la reflexion de que, descarguen los tiranos todo el peso de su poder, sea su suerte las prisiones y cadenas, su alma permanece inconquistable y libre: aquí es donde se eleva á una esfera superior fuera del alcance de la opresion ó cautiverio. Pero ¿de qué le sirve la ostentacion de libertad

* *S. Pablo á los Hebreos. Cap. 2. v. 15.*

externa al que ha perdido el gobierno de su alma? Como nuestro Salvador discurre en otro lugar, *Si la luz que hay en ti es tiniebla, quan grande es aquella tiniebla,* jasi podemos razonar aquí: si aquella parte de tu naturaleza, tu alma, tu voluntad, por las cuales unicamente puedes gozar las delicias de la libertad, es ella misma esclava de habitos y pasiones malas, quan miserable debe ser aquella esclavitud!

Más, agravalala la consideracion de que nosotros mismos nos la hemos atraído. Ser arrastrado á esclavitud por la fuerza es desventura é infelicidad. Pero haber renunciado á nuestra libertad y escoger ser esclavos, es añadir el mayor oprobio á la mayor miseria. Debe haber momentos frecuentemente en que el vicioso se penetre de la degradacion de su estado quando siente la afrentosa dependencia con que ha venido á rendirse á la fortuna y al mundo, á las violentas pasiones, á los habitos inveterados, y á los temores y aprensiones de una conciencia culpable. En tales momentos, quan cruel es la reflexion de que él mismo es el autor de todas estas desgracias y miserias; que por su voluntaria condescendencia ha dado á sus pasiones aquel orgulloso ascendiente que ahora ejercen sobre él, forjandose las cadenas con que está ligado, y vendiendose á la iniquidad.

Por ultimo, la servidumbre del vicio es acompañada con esta otra enormidad, que es una sujecion á nuestros mismos criados.—Aquellas pasiones y deseos que el pecador ha permitido se eleven á un señorío ilegal le fueron dados como instrumentos de su propia conservacion; pero destinados claramente á ser dirigidos por un poder mas elevado. De sí mismos son ciegos y obstinados, llevan la marca de la subordinacion que se les intimó, al mismo tiempo que la conciencia fué investida con todas las insignias de autoridad y supremacia. El pecado trastornando toda la constitucion de la naturaleza humana, compele á la razon á postrarse ante aquellas pasiones que debiera mandar, y la arrastra como en triunfo para adorar la vergonzosa conquista de sus siervos y ministros. Es observacion constante, que ningunos son tan insolentes en el poder, como aquellos que han usurpado una autoridad á que no tenían derecho, y esto es lo que pasa en el caso presente. Una vez que los deseos y pasiones del hombre vicioso han obtenido un dominio absoluto, lo huellan altivamente. Hacenle sentir que está suje-

to á amos tan diversos y contradictorios como imperiosos que le empujan á su antojo por diferentes caminos. Convertida su alma en receptaculo de repugnantes y opuestas disposiciones, se asemeja á algun pais barbaro distribuidos en diferentes principados que continuamente se hacen la guerra unos contra otros.—Tal es el estado á que se ha reducido el hombre mismo por libertarse de lo que llamaba cautiverio de la virtud. En donde no se habia prometido sino comodidad y placer, ha venido á experimentar restricciones mas severas, y mas penosas mortificaciones que ninguna de las que hubiera sufrido bajo la disciplina de una religion racional é ilustrada.

Tal vez alegarán algunos, que aunque la representacion de la esclavitud del vicio, que acabamos de exponer, sea exacta en ciertos casos, no és, con todo aplicable sino solo á aquellos que caen baxo la descripcion de pecadores atroces.—Imaginanse estos que bien puede seguirse un moderado curso en el vicio; por cuyo medio, sin quebrantar enteramente el freno de la razon lleve el hombre una vida libre y divertida.—Discurriendo de esta manera, amigos míos, os adulais y engaños á vosotros mismos para vuestra destruccion. Tened por seguro que cada acto pecaminoso os aproxima al estado de completa esclavitud; y os hace perder una cierta porcion de vuestra libertad: quan pronto podais perderla toda, no lo recelais: Verdad es que todo quanto se ha dicho hasta aquí de la servidumbre del pecado se aplica solamente á un caracter de extremada corrupcion. Pero recordad que ningun hombre llega á este extremo de una vez; pasa por varios periodos intermedios en uno de los quales tal vez os hallais al presente. El vicio se insinúa astutamente por grados, é insensiblemente vá dando vuelta á aquellas cadenas en que al cabo nos sentimos estrechamente apriados. Si es que apreciáis en su valor vuestra libertad y felicidad, evitad la cercanía del vicio. Considerad á los placeres viciosos como una tierra encantada, en donde el que entra, se verá cada vez mas envuelto dentro del circulo magico, hasta que al fin encuentra obstruida toda retirada. El hombre mas puro y virtuoso es siempre el mas libre. La religion de Christo es justamente llamada *la ley perfecta de la libertad*, y con razon dixo el Psalmista, *Caminaré con libertad porque inquirí tus preceptos.*

DISCURSO V.

SOBRE LA MUERTE, COMO EL SUCESO MAS FREQUENTE É INEVITABLE DE LA CONDICION HUMANA.

Ibit homo in domum eternitatis suæ, et circumbunt in platea plangentes.

ECCLESIASTES CAP. XII. V. 5.

Irá el hombre á la casa de su eternidad, y le rodearán en la plaza plañidores. ECCLESIASTES.

ES esta una vista que se ofrece incesantemente, y á la que se hallan tan acostumbrados nuestros ojos que apenas nos causa impresion. No hay estacion del año ni casi dia alguno, en que los funerales que pasan por las calles no nos presenten á un hombre que vá para la casa de su eternidad. Si la muerte fuera un objeto raro y extraordinario, si el hombre no viera en el curso de su vida, sino una sola vez, á uno de sus semejantes conducido al sepulcro, á la presencia de tal espectáculo, se sentiria sobrecogido de un gravísimo temor reverencial, detendriase en medio de la carrera de los placeres, y un frio mortal embargaría sus miembros. Pero semejantes impresiones serian desproporcionadas para la naturaleza de nuestro presente estado, porque quando son tan fuertes que inhabilitan al hombre para las ocu-
*